

---

# LA ESCUELA NECESITA UNA REVOLUCION COPERNICANA

Juan Ansión

---

MÁS DE UNA VEZ le escuché decir a un profesor sinceramente preocupado por sus alumnos: «el problema es que los niños no se adaptan a la escuela». Esta es una constatación lúcida pero que a la vez revela un sesgo muy marcado en la percepción que tiene el profesor del alumno y del rol de la escuela. Constatación lúcida en efecto: el profesor observa así la marcada distancia existente entre el mundo social y cultural del alumno y el de la escuela, esa distancia es la que dificulta la adaptación del niño al medio escolar. Pero constatación a la vez formulada de manera unilateral, puesto que supone que, dada la distancia existente, el niño es quien debe adaptarse, cambiar para adecuarse a la escuela. Pocos son los profesores que considerarán que el problema no es del niño sino de la escuela, y que formularán entonces su preocupación del siguiente modo: «el problema es que la escuela no se adapta a los niños».

Plantear el problema de esa manera supone una revolución copernicana<sup>1</sup>: el centro ya no es el profesor y

<sup>1</sup> Copérnico fue quien estableció que el centro del sistema planetario no es la tierra sino el sol.

## JUAN ANSION

la escuela, sino el niño y su entorno familiar y social. Sólo desde un esfuerzo de descentramiento de ese tipo, desde un combate a nuestro etnocentrismo espontáneo, podremos construir una alternativa educativa que proponga con seriedad una alternativa intercultural para nuestra educación. Ese es el camino que quisiera explorar en estas breves reflexiones.

### 1. TRES PRINCIPIOS ELEMENTALES

Para iniciar la discusión, sugiero considerar tres principios elementales que rigen el aprendizaje para confrontarlos con la manera cómo se produce el proceso educativo en nuestras escuelas.

En primer lugar, el aprendizaje es un proceso: uno aprende desde lo que ya aprendió anteriormente. El psicólogo Jean Piaget muestra cómo el niño evoluciona conservando y fijando por el ejercicio sus antiguos esquemas de acción a través del juego (lo que él llama la «asimilación») y modificándolos por imitación (la «acomodación») (Piaget, 1968). Esto es algo fácil de constatar desde la propia experiencia de cada uno. Un principio tan elemental es, sin embargo, muchas veces desconocido en la práctica de la educación escolar. Implícitamente, la escuela supone en los niños un aprendizaje social previo y uniforme. Lo más notorio está en relación a la lengua. Salvo en los Programas de Educación Bilingüe Intercultural, en el resto de las escuelas -la inmensa mayoría de ellas- se sigue trabajando con la ficción de que todos los niños hablan castellano (lo que no toma en cuenta a todos los niños quechua o aymara hablantes o pertenecientes a las poblaciones amazónicas) y que ese castellano es el estándar (lo que desconoce las diversas variantes dialectales del castellano, además del fenómeno de diglosia, que es la dificultad para hablar bien alguna lengua como resultado de la interferencia entre dos de ellas, caso que se produce

## LA ESCUELA NECESITA UNA REVOLUCION COPERNICANA

especialmente en un contexto de desprecio social y político hacia una de ellas)<sup>2</sup>.

En el campo de la educación bilingüe intercultural, está hoy demostrado que una enseñanza del castellano a niños quechua-hablantes con una metodología de enseñanza para el aprendizaje de una segunda lengua (es decir, reconociendo y valorando la lengua que el niño ya conoce) permite lograr mejores resultados tanto para el aprendizaje del quechua como también del castellano (Zúñiga, 1987). De esa forma, se combate la diglosia y se favorece el bilingüismo que implica un manejo correcto de ambos sistemas lingüísticos. La diglosia sería así producto de la no aplicación de un principio elemental de aprendizaje: debe partirse de lo que el niño ya sabe y permitirle construir desde ahí sus conceptos, sus representaciones, sus esquemas de acción.

Un segundo principio elemental es el de la integralidad del proceso de aprendizaje. La capacidad de aprender no es un proceso meramente intelectual. Compromete a la persona en todas sus dimensiones: en sus emociones y afectos, en sus aspiraciones espirituales, y en su cuerpo mismo. No sólo se aprende con la cabeza, sino también con el corazón y con las manos; con la razón, pero también con la sensibilidad estética, afectiva y moral y con el propio ejercicio del cuerpo.

Aquí el ejemplo de la enseñanza de la matemática es muy ilustrativo. ¿Por qué una gran cantidad de niños no tienen buenos resultados en matemática? Esto no tiene nada que ver en la gran mayoría de los casos con una dificultad propiamente conceptual, sino con que se les ha «asustado con los números».

Una relación de autoridad entre profesor y alumno, en la que éste se siente presionado y cohibido, no es la mejor situación de aprendizaje. En el mundo andino -y en

<sup>2</sup> Sobre los conceptos de bilingüismo y diglosia, véase Ballón Aguirre, 1989.

JUAN ANSION

general en el mundo popular de hoy- esta situación llega fácilmente a convertirse en traumática dada nuestra historia, en la que la escritura ha sido asociada con el poder del español, llegando a asustar porque se la sabe poderosa sin entenderla. Y la escuela, que se sabe fundamental para el futuro de los hijos, ha sido investida simbólicamente de estos antiguos temores. Aunque en la actualidad la relación con la escuela es mucho más madura y los niños pueden llegar a quererla, sin embargo, se mantiene con ella una relación ambigua al no haber desaparecido el elemento de miedo<sup>3</sup> del que son responsables tanto el medio ambiente como los profesores que a veces confirman sin darse cuenta los temores iniciales de los niños.

Si el aprendizaje es integral, la escuela debería estructurarse en consecuencia. La actual división en asignaturas, desconectadas entre sí, no favorece este proceso. Dificulta el aprendizaje y no le enseña al niño a desarrollarse incorporando en forma coherente los elementos dispersos que se le va dando. No es que no sea necesario enseñar las cosas por partes, sino que, tan importante como eso, es enseñar a integrar esas partes: enseñar el análisis para lograr la síntesis. Sino, formamos personas que ni logran apropiarse bien de los elementos dispersos, ni son capaces de incorporarlos armónicamente.

Un tercer principio importante es que existen diferentes formas de aprender. Estas dependen de las particularidades de los individuos y también de las formas iniciales de socialización, es decir, de los hábitos culturales adquiridos en la familia y en el medio social circundante.

En una reciente exposición<sup>4</sup>, la psicóloga Norma Reátegui explicaba cómo el niño andino pequeño, que acompaña a su madre colocado en su espalda, tiende desde ese lugar privilegiado a desarrollar preferentemente la

<sup>3</sup> Véase Ansión, 1986 y 1989.

<sup>4</sup> «Jornada de Educación Intercultural Bilingüe». Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima. Setiembre de 1993.

## LA ESCUELA NECESITA UNA REVOLUCION COPERNICANA

observación discriminante de lo que acontece, a diferencia del niño urbano que tiene más oportunidades para desarrollar su actividad psicomotora aprendiendo por ensayo y error. Cada una de estas formas de educación tiene sus ventajas y no me cabe aquí evaluarlas. Lo importante es saber que los niños llegan a la escuela con experiencias de formas de aprendizaje distintas que deberían ser conocidas por los maestros y utilizadas como puntos de partida.

La imitación, como lo vimos al citar a Piaget, es un modo universal de aprender. Se incorpora, sin embargo, de modo distinto en la socialización del niño, según el medio social y cultural. En el medio urbano de clase media, por ejemplo, la madre tiende a verbalizar mucho las orientaciones que da a sus hijos acerca de la manera de hacer las cosas. En el medio rural andino, en cambio, el niño aprende «mirando y haciendo», sin muchas explicitaciones, con apenas unas correcciones del adulto indicando lo que está mal hecho. Supongo que esto está relacionado con la capacidad de observación discriminante aprendida en la tierna infancia. Veamos ahora qué sucede en la escuela con estos niños andinos. El profesor escribe una palabra en la pizarra y el niño la reproduce tal cual en su cuaderno. Es probable que tenga éxito en esta empresa, pero si se limita a imitar -reproduciendo su esquema anterior de aprendizaje- no logrará nunca aprender a leer. El profesor debe conocer esta dificultad para ayudar al niño no sólo a imitar, sino a aprender las reglas de la lecto-escritura.

Las formas diversas de razonamiento matemático son también muy interesantes de investigar. Se sabe por los cronistas que los antiguos peruanos utilizaban piedritas o granos para calcular. En uno de sus dibujos, Guamán Poma de Ayala reproduce una *yupana* o ábaco<sup>5</sup>. Se sabe que la *yupana* fue un instrumento que permitía un cálculo

<sup>5</sup> Para la discusión sobre la *yupana* véase: Ansión 1983 y Mackey et. al. 1990. Este último texto recoge las diversas interpretaciones en la materia.

JUAN ANSION

muy rápido. Funcionaba probablemente de modo similar a los ábacos chino y japonés<sup>6</sup>. Una investigación realizada por INIDE en Puno (Villavicencio Ubillús, 1983) da muchos ejemplos de los cálculos que se realizan en la actualidad usando piedras o granos, en los que se reemplaza un número determinado de granos por uno más gordo de formas muy diversas (el cálculo es decimal, pero no se reemplaza el grano «resumen» por 10), en una forma similar al probable funcionamiento del antiguo ábaco. Remito al lector interesado a los trabajos citados. Sólo me interesa aquí destacar dos hechos importantes. El primero es que el manejo de objetos concretos es un camino hacia la abstracción: el uso habitual de la yupana debió permitir en sus usuarios resolver los cálculos en forma cada vez más rápida por la eliminación de pasos intermedios. De ahí se deriva el segundo hecho: es probable que una persona entrenada pudiera calcular mentalmente a partir de una representación mental de la yupana, y multiplicar así fácilmente sin necesidad de memorizar ninguna tabla. Y existen indicios serios de que en Puno algo de esta tradición se ha mantenido<sup>7</sup>. La matemática es naturalmente una sola, pero existen distintas

<sup>6</sup> La yupana estaba compuesta de 20 casilleros conformados a partir de 4 columnas verticales y 5 filas horizontales. En cada casillero de la columna de la izquierda existían 5 espacios o huecos para colocar en ellos hasta 5 granos. En la segunda columna estos espacios se reducían a 3, en la tercera a 2 y en la última a 1. El principio más probable de funcionamiento es que al sumar se iban colocando los granos en la columna de la izquierda hasta completar los 5 espacios vacíos. Para seguir sumando más allá, bastaba con reemplazar estos 5 granos por 1 en la columna de la derecha (en la que cada espacio era entonces equivalente a 5). Cada casillero de la segunda columna puede contener así hasta 3 unidades. En la fila de abajo, éstas son verdaderas unidades, mientras en la segunda fila, contando desde abajo, representan decenas y así sucesivamente hasta la quinta fila representando decenas de miles. Si se continúa este principio con las columnas restantes, se llega a multiplicar de modo muy rápido.

<sup>7</sup> Lamentablemente, la utilización que se ha hecho en Puno de la yupana, en el marco de la educación bilingüe intercultural, recogió una

## LA ESCUELA NECESITA UNA REVOLUCION COPERNICANA

maneras, culturalmente condicionadas, de llegar a los mismos resultados.

### 2. LA VIOLENCIA SIMBÓLICA

Al intentar que el niño se adapte a la escuela y no a la inversa, la educación escolar actual encuentra resistencias y dificultades para que el niño aprenda. El llamado fracaso escolar es un resultado directo de esta situación y de él derivan la repitencia y, a la larga, la expulsión<sup>8</sup> del niño del sistema.

Dentro de la escuela, esta contradicción se resuelve mediante la violencia. Violencia física, ciertamente, condenable desde todo punto de vista, pero que no es sino la expresión de otra violencia menos aparente y, por ello, mucho más insidiosa: la violencia simbólica.

Todos sabemos que toda educación de los niños supone necesariamente imposición de códigos culturales. Este proceso, aunque pueda a veces ser difícil para el niño, no necesariamente supone violencia simbólica, aunque también es difícil pensar que ésta pueda estar totalmente ausente de cualquier proceso educativo. Tomemos el caso muy significativo de la lengua. El niño tiene que aprender algún idioma. Si no lo hiciera, no llegaría a ser propiamente humano, como se comprobó con el descubrimiento de niños criados por lobos, ya irrecuperables para la sociedad humana. Al mismo tiempo, es evidente que al aprender la

interpretación demasiado simplista del funcionamiento de la misma y no supo utilizar los datos recogidos por la investigación mencionada.

<sup>8</sup> En el lenguaje común de los educadores, se habla de «deserción», pero el término «expulsión» me parece más adecuado porque, aunque no exista expulsión formal, el niño termina siendo excluido del sistema. Desde luego existen también otros factores importantísimos de expulsión, entre los cuales el principal es probablemente la escasez de recursos del Estado destinados a la educación.

JUAN ANSION

lengua materna el niño es encausado de una determinada manera y va perdiendo una gran parte de su potencial, por ejemplo, para pronunciar determinados sonidos, fonemas de otros idiomas. Sin embargo, si los padres dejaran de enseñar a hablar a su hijo por el escrúpulo absurdo según el cual de esta forma le están imponiendo algo que no eligió, éste perdería la posibilidad de convertirse en un ser humano pleno. Por tanto es a todas luces claro que en este caso -que puede extenderse a la transmisión del conjunto de códigos culturales de una sociedad determinada- no se puede hablar de violencia.

¿Cuándo entonces este proceso de imposición se convierte en violencia simbólica? No es fácil decirlo en la práctica, pero al menos podemos señalar algunos puntos teóricos de referencia.

La violencia simbólica aparece como la imposición de una «verdad» cultural incuestionable, que aparece como la única posible y es internalizada por el niño como tal. No se proporciona al niño recursos culturales que le permitan evaluarla, cotejarla con su experiencia e incorporarla de manera crítica. Es imposición de un arbitrario cultural que no aparece como tal.

La violencia simbólica resulta de la utilización por el educador de su posición de fuerza frente al niño. No parte de la situación del niño, no intenta facilitar su proceso de aprendizaje desde su propia situación y experiencia previa, sino le impone una norma de manera externa sin irle proporcionando los recursos para una relativa autonomía que le permita criticar lo que se le da.

En el caso de la sociedad peruana, este problema se torna más grave porque el niño llega a internalizar la convicción de que es un ser inferior y de que los propios recursos culturales aprendidos en su tierna infancia (su lengua o su manera de hablar, las costumbres de su familia, etc.) son la «prueba» de esta inferioridad. Los propios padres, en tanto ellos mismos están convencidos de lo mismo, son partícipes de la reproducción de esta

## LA ESCUELA NECESITA UNA REVOLUCION COPERNICANA

convicción, pero es sobre todo en la escuela donde el niño «comprueba» la «verdad» de esta situación. En efecto, constata la distancia entre los hábitos adquiridos en su casa y los que la escuela espera de él, pero no tiene la posibilidad de cuestionar la escuela misma y la única deducción a su alcance es que él es, en efecto, demasiado bruto para aprender.

El niño siente, sin embargo, que esto no es del todo cierto. Su problema es que no encuentra el modo de expresarlo abiertamente porque este camino le está cerrado precisamente por la manera tan contundente como todo parece confirmar la «verdad» de su «ignorancia». Pese a todo, muchos niños lograrán aprender, con la ayuda a veces de profesores que perciben intuitivamente el problema sin lograr tampoco expresarlo plenamente, pero no lograrán nunca llenar del todo la distancia entre su mundo de origen y el que les ofrece la escuela y quedarán profundamente marcados por el trauma.

### 3. CENTRAR LA EDUCACIÓN EN EL NIÑO COMO SER SOCIAL Y CULTURAL

De todo lo dicho se desprende la necesidad de adaptar la escuela al niño, centrar en él la educación y no en la escuela, partiendo de lo que es el niño como persona que trae una experiencia social y cultural. No se trata de buscar un mejor método para que el niño cambie sus hábitos culturales para adaptarse a los de la escuela, sino de trabajar por desarrollar al niño, en todo lo que es, para que sea capaz de ubicarse lo más positivamente posible para él en relación con la cultura universal (que, por cierto, no se identifica con la cultura occidental).

Ello supone asumir con seriedad el reto de una educación intercultural. Interculturalidad es diálogo sincero entre diversos, es tolerancia y respeto hacia quienes tienen experiencias y maneras de ver distintas a las mías. La

JUAN ANSION

interculturalidad así entendida es una suerte de vacuna contra la violencia simbólica, porque proporciona a todos elementos de crítica frente a toda pretensión de imponer sus verdades como las únicas posibles. La interculturalidad, para ser tal, es también una vía de doble o de múltiple sentido que supone algo difícil pero ya no imposible en nuestro país: el que todos estemos dispuestos a aprender de todos.

Puede parecer un sueño inalcanzable en un país en el que hasta no hace mucho era común decir que el quechua no era una lengua. Sin embargo, hemos vivido transformaciones sociales muy profundas en los últimos años y la propia desgracia de la guerra ha vuelto a muchos más tolerantes y más dispuestos al diálogo. En este proceso, una educación intercultural *para todos* puede ser una punta de lanza importante que contribuya al anhelo de paz y de construcción nacional que está en todos nosotros.

En momentos de crisis profunda de la civilización occidental, el Perú podría así contribuir al desarrollo de una civilización verdaderamente universal -no homogeneizadora, sino articulación y aprovechamiento de lo diverso- que recoja lo más rico de todas nuestras vertientes culturales. Por ejemplo, debemos recoger de nuestras culturas tradicionales la perspectiva holística que mantienen y combinarla con la capacidad analítica y especializada de la sociedad industrial; es posible también volver a encontrarnos con la naturaleza partiendo de las enseñanzas de nuestras tradiciones andinas y amazónicas.

Por ese camino van nuestros sueños de hoy, aquellos que harán posible la vida de mañana. La revolución copernicana en la educación debe ser un hito importante en ese largo recorrido.

## Bibliografía citada

- ANSION, Juan  
1983 «Cómo calculaban los incas». En: *Boletín de Lima*, N° 29. Lima.
- ANSION, Juan  
1986 «La escuela asustaniños, o la cultura andina ante el saber de occidente». En: *Páginas*, N° 79, setiembre.
- ANSION, Juan  
1989 *La escuela en la comunidad campesina. Proyecto Escuela, Ecología y Comunidad Campesina*. Lima.
- BALLON AGUIRRE, Enrique  
1989 «La identidad lingüística y cultural peruana: bilingüismo y diglosia». En: *Amazonía Peruana*, Tomo IX, N°17, pp. 33-60
- MACKEY, C., et. al. (ed.)  
1990 *Quipu y Yupana. Colección de escritos*.

JUAN ANSION

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.  
Lima.

PIAGET, Jean.

1968 *La formation du symbole chez l'enfant. Imitation, jeu et rêve, image et représentation.* Delachaux et Niestlé. Neuchâtel.

VILLAVICENCIO UBILLUS, Martha

1983 *Numeración, logaritmos y aplicación de relaciones numéricas y geométricas en las comunidades rurales de Puno.* Ministerio de Educación.

ZUÑIGA, Madeleine

1987 «La educación en un contexto bilingüe quechua castellano». En: *Revista Peruana de Ciencias Sociales*. vol.1, N°1. Diciembre. Lima.